

HQN™

HQN™

MEGAN HART

Más profundo

Recomendado por el

Todo

HQN™

SARAH MCCARTY

Amar Peligrosamente

Recomendado por el editor

HQN™

kayla perrin

Chicas con suerte

seducción

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

E-pack HQN Erótico, n.º 301 - abril 2022

I.S.B.N.: 978-84-1105-803-2

Índice

[Créditos](#)

[Más profundo](#)

[Nota de los editores](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Promoción](#)

[Chicas con suerte](#)

[Dedicatoria](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Epílogo](#)
[Publicidad](#)

[Amar peligrosamente](#)
[Nota de los editores](#)
[Dedicatoria](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Títulos publicados en HQN](#)

[Promoción](#)

HQN™

MEGAN HART

*Más
Profundo*

Recomendado por el editor

El nombre de Megan Hart está asociado a la novela erótica, aunque esta narradora de gran talento también escribe magistralmente otros géneros literarios. Precisamente, en *Más profundo* une de manera brillante dos géneros tan dispares como son el erótico y el paranormal para crear una conmovedora y apasionada novela romántica.

Una historia de amor llena de magia y erotismo, que tiene lugar en dos tiempos. Recurriendo al *flashback*, Megan Hart nos describe la relación fallida de una pareja joven que tiene una segunda oportunidad veinte años más tarde.

Por sus ágiles diálogos y el estilo fluido de su prosa, estamos seguros de que este libro captará la atención del lector desde la primera a la última página, por eso no queremos dejar pasar la oportunidad de recomendarlo.

Feliz lectura.

Los editores

Este libro es por un abrazo a oscuras en la cama inferior de una litera, por una puerta abierta, unos zapatos en el suelo y una mesa de cocina.

Y, como siempre, por un albornoz azul, unas piernas kilométricas y una mata de pelo.

Todo lo que vino antes que tú es un recuerdo, pero tú eres real, y permaneces.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darles las gracias a esos artistas cuyas canciones me acompañaban mientras escribía este libro. Podría escribir sin música, pero es mucho más entretenido hacerlo mientras tarareo *Without You*, de Jason Marns, *Ocean-Size Love*, de Leigh Nash, *Wish*, de Kevin Steinman y *Reach You*, de Justin King.

Gracias también a Jennifer Blackwell Yale por su acertada lectura de runas.

Capítulo 1

Ahora

El mar seguía siendo el mismo. Su sonido y su olor eran los mismos, y también el flujo y reflujo de la marea. Veinte años atrás, Bess Walsh estaba en aquella playa y contemplaba la vida que tenía por delante. Y sin embargo ahora...

Ahora ya no estaba segura de lo que tenía por delante.

Ahora estaba de pie en la orilla, con la fría arena arañándole los dedos y el aire salado enredándole el pelo. Aspiró profundamente y cerró los ojos para sumergirse en el pasado y no tener que pensar en el futuro.

A finales de mayo aún hacía fresco por la noche, especialmente tan cerca del agua, y la camiseta y falda vaquera de Bess no proporcionaban mucho calor. Los pezones se le endurecieron y cruzó los brazos para calentarse un poco, pero no sólo se estremecía por el frío, sino también por los recuerdos del aquel lejano verano. Durante veinte años había intentado olvidar, y sin embargo allí volvía a estar, incapaz de dejar atrás el pasado.

Levantó el rostro para que el viento le apartase el pelo de los ojos y abrió la boca para saborearlo como si fuera un dulce esponjoso. La fragancia marina le hacía cosquillas en la lengua y le impregnaba el olfato, y la transportó al pasado más eficazmente que un simple recuerdo.

Se reprendió a sí misma por su ingenuidad. Era demasiado mayor para albergar fantasías absurdas. No se podía volver atrás. Ni siquiera se podía permanecer en el mismo sitio. La única opción para ella, y para todo el mundo, era seguir adelante.

Dio un paso adelante y luego otro. Sus pies se hundieron en la arena y miró por encima del hombro a la terraza, donde seguía ardiendo la vela. El viento agitaba la llama, pero esta permaneció encendida en el interior del candelero.

Tiempo atrás aquella casa había estado aislada en la playa. Pero ahora los vecinos estaban tan cerca que no se podía ni escupir a los lados sin darle a alguien, como habría dicho su abuela. Una mansión de cuatro pisos se elevaba detrás de la suya. Dunas salpicadas de algas secas que no habían estado allí veinte años atrás se interponían entre las casas y la playa. En algunas ventanas se veían luces encendidas, próximas a la plaza de Bethany Beach, pero la temporada aún no había comenzado y la mayor parte de las casas estaban a oscuras.

El agua estaría demasiado fría para darse un baño. Podría haber tiburones al acecho y la corriente marina

sería demasiado fuerte. Pero de todos modos, Bess se dejó arrastrar por el deseo y los recuerdos.

El océano siempre la había hecho tomar conciencia de su cuerpo y de sus ciclos biológicos. El flujo y reflujo de la marea le parecía algo femenino, vinculado a la luna. Bess jamás se sumergía, pero estar junto al mar la hacía sentirse sensual y viva, como una gata queriendo frotarse contra una mano cariñosa. Las cálidas aguas de las Bahamas, las frías olas de Maine, la suave corriente del Golfo de México, la reluciente superficie del Pacífico... Todos los mares del mundo la hechizaban con su llamada irresistible, pero ninguno como aquel trozo de agua y arena.

Aquel lugar que, veinte años antes, la había seducido con más fuerza que nunca.

Sus pies encontraron la arena apelmazada que la última ola había dejado a su paso e introdujo los dedos. De vez en cuando aparecía un destello de espuma, pero nada la tocó. Respiró hondo y dejó que sus pies la guiaran para no tropezar con alguna piedra afilada o venera. A cada paso la arena estaba más húmeda y fangosa. El bramido del mar se hacía más y más fuerte, y Bess abrió la boca para saborear la espuma que levantaban las olas.

Cuando sus pies tocaron finalmente el agua, descubrió con sorpresa que no estaba fría. Antes de que pudiera seguir avanzando, otra ola le rodeó los tobillos y el agua cálida le subió por las piernas desnudas. La ola se retiró y dejó a Bess con los pies enterrados en la arena. Siguió avanzando sin pensar, paso a paso, hasta que el agua, tan

cálida como un relajante baño de espuma, le bañó los muslos y le empapó el bajo de la falda.

Bess se echó a reír y se dobló por la cintura para que el agua le mojase las manos, las muñecas y los codos. Las gotas se deslizaban entre sus dedos, escapando a su agarre. Se arrodilló y se sumergió en las olas, que la cubrieron como un millar de labios y lenguas líquidas. Se sentó hasta cubrirse por la cintura y se echó hacia atrás. El agua le cubrió la cara y Bess contuvo la respiración hasta que la ola se retirara.

El pelo se le soltó, pero Bess no se preocupó de recuperar la horquilla. Los cabellos se arremolinaron alrededor como un bosque de algas. Le hacían cosquillas en los brazos desnudos y le cubrían la cara, antes de ser barridos por la ola siguiente. La sal y la arena le impregnaron los labios como los cálidos besos de un amante. Extendió los brazos, aunque el agua no podía ser abrazada. Los ojos le escocieron, pero no por la sal del mar, sino por las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Se abrió al agua, a las olas y al pasado. Cada vez que se acercaba una ola contenía la respiración y se preguntaba si la siguiente sería la que la tomara por sorpresa y le llenase los pulmones de agua o la que la arrastrara hacia el fondo.

¿Qué haría si eso ocurriera? ¿Se resistiría o dejaría que el mar se la llevara? ¿Se perdería en las olas igual que una vez se perdió en él?

Habían hecho el amor en aquella misma playa con el sonido del océano ahogando sus gritos. Él la había hecho

estremecer con su boca y sus manos, y ella se había introducido su verga para anclar sus cuerpos. Pero no importaba cuántas veces lo hubieran hecho. El placer no duraba para siempre, y todo tenía un final.

Las manos eran un pobre sustituto, pero Bess las usó de todos modos. La arena le arañaba la piel al deslizar los dedos bajo la camisa para tocarse los pechos. Recordó la boca de Nick en aquel mismo sitio y sus manos entre los muslos. Separó las piernas para que el mar la acariciara cómo él había hecho y levantó las caderas en busca de una presión inexistente. El agua retrocedió y la dejó expuesta al frío aire de la noche.

Más olas llegaron para abrazarla mientras se acariciaba a sí misma. Había pasado tanto tiempo sin masturbarse en solitario que sus manos parecían las de otra persona.

Él no había sido su primer amante ni el primer hombre que le hizo tener un orgasmo. Ni siquiera había sido el primero al que ella había amado. Pero sí había sido el primero en hacerla temblar de emoción con algo tan sencillo como una sonrisa. Había sido el primero en hacerla dudar de sí misma y el que más hondo la había hecho sumergirse, pero sin llegar a ahogarse. La aventura fue corta, una página más en el libro de su vida, apenas un breve capítulo, una simple estrofa de la canción. Se había pasado más tiempo sin él que con él. Aunque nada de eso importaba.

Cuando se tocaba, era la sonrisa de Nick lo que imaginaba. Su voz llamándola en susurros. Sus dedos

entrelazados con los suyos. Su cuerpo. Su tacto. Su nombre...

-Nick -la palabra brotó de sus labios por primera vez en veinte años, liberada por el mar. Por aquel mar. Por aquella arena. Por aquella playa. Por aquel lugar.

«Nick».

La mano que le agarró el tobillo era tan cálida como el agua, y por un momento pensó que era una madeja de algas. Un segundo después otra mano le tocó el otro pie y ambas empezaron a subir por sus pantorrillas. El peso de un cuerpo sólido y compacto la cubrió. Bess abrió la boca para aceptar el beso de las olas, pero fueron unos labios reales y una lengua de verdad lo que invadió su boca.

Debería haber gritado ante aquella repentina violación, pero no se trataba de un desconocido. Conocía la forma y sabor de aquel cuerpo mejor de lo que se conocía a sí misma.

Todo era una fantasía, pero a Bess no le importó y se rindió al recuerdo igual que se rendía al agua. Al día siguiente, cuando el sol pusiera de manifiesto la piel irritada por la arena, se reprocharía a sí misma su estupidez. Pero en aquel momento y lugar no podía ignorar el deseo. Y no quería ignorarlo. Quería volver a ser tan imprudente como lo fue entonces.

Una mano se deslizó bajo su cabeza y unos dientes le mordisquearon suavemente el labio, antes de que la lengua volviera a saquear los rincones de su boca. El gemido de

Nick vibró en sus labios mientras entrelazaba los dedos en sus cabellos.

-Bess... -dijo él, antes de susurrarle las cosas que se decían los amantes al calor del momento. Palabras alocadas que no soportarían el escrutinio de la razón.

Pero a ella no le importaba. Deslizó las manos por la espalda de Nick hasta las familiares curvas de su trasero. Llevaba unos pantalones vaqueros y ella tiró de ellos hacia abajo para exponer su piel desnuda y ardiente. Volvió a trazar la línea de su columna con los dedos mientras él la besaba. El agua los rodeaba y se retiraba, sin subir lo suficiente para cubrirlos.

Él llevó la mano a su entrepierna y tiró de sus bragas. La minúscula prenda cedió al instante. Le subió la falda hasta las caderas. La camiseta era tan fina y estaba tan empapada que era como si no llevase nada. Cuando la boca de Nick se cerró sobre uno de sus erectos pezones, Bess se arqueó hacia arriba con un gemido. Los dedos encontraron el calor que manaba entre sus piernas y empezó a frotar con ahínco. Estaba preparada.

-¿Qué es esto, Bess? -le preguntó al oído-. ¿Qué hacemos aquí?

-No preguntes -le dijo ella, y volvió a besarlo en la boca. Hincó los talones en la arena mojada e introdujo la mano entre los cuerpos para agarrarle el miembro erecto y palpitante. Su grosor y calor le resultaban tan familiares como todo lo demás-. No preguntes, Nick, o todo se desvanecerá.

Lo acarició con suavidad, demasiado consciente de la sal y la arena como para apremiarlo a que la penetrara. Ni siquiera en sus fantasías podía olvidar el engorro de tener arena en determinadas zonas de su cuerpo. El recuerdo de verse a los dos caminando con las piernas arqueadas le provocó una fuerte carcajada.

Volvió a reírse cuando Nick pegó la boca a su garganta y los dos rodaron por la arena mojada. También él se rió. A la pálida luz de las estrellas parecía igual que siempre.

La mano de Nick se movió lentamente entre sus piernas, pero bastó con aquel roce para que Bess le clavase los dedos en la espalda y ahogase un grito de placer. Nick también gruñó y apretó las caderas contra ella. El calor se desató en su vientre y el olor del mar se hizo más fuerte.

Nick enterró la cara en su hombro y la sujetó con fuerza. El mar le lamía los pies, pero allí se detenía su avance. Era el cuerpo desnudo y fibroso de Nick lo único que la cubría.

El mar lo había llevado hasta ella. Era un hecho incuestionable que Bess aceptaba sin la menor reserva. Nada de aquello sería real a la luz del día. Ni siquiera el momento en que saliera del agua y caminara tambaleándose y chorreando hasta la cama. Nada era real, pero al mismo tiempo lo era, y Bess no se atrevía a ponerlo en duda por miedo a que todo se esfumara.

Capítulo 2

Antes

-¿Seguro que no quieres un poco? -Missy agitó el porro delante de Bess para que le llegara el humo-. Vamos, Bessie, es una fiesta.

-Bessie es nombre de vaca -Bess apartó la mano de la chica y abrió una lata de refresco-. Y no, no quiero probar tu hierba, gracias.

-Tú misma -Missy dio una profunda calada y se puso a toser, acabando con la farsa de que era una especie de reina de las drogas-. ¡Es una buena mierda!

Bess hizo una mueca y se fijó en el cuenco de patatas fritas que había en la mesa.

-¿Cuánto tiempo llevan ahí?

Missy volvió a toser.

-Acabo de sacarlas, zorra. Justo antes de que llegaras.

Bess se acercó el cuenco y examinó el contenido con cuidado. La caravana de Missy era un estercolero y se aseguró de que no hubiera bichos o desperdicios entre las patatas antes de arriesgarse. Se moría de hambre.

-Me comería una pizza entera ahora mismo -dijo Missy. Se tiró en el maltratado sillón y dejó las piernas colgando sobre el costado. Tenía las plantas de los pies completamente negras, y llevaba la falda tan levantada que se veía su ropa interior, de color rosa chillón-. Vamos a pedir una.

-Tengo dos dólares que han de durarme hasta que cobre -Bess engulló un puñado de patatas con un trago de refresco barato al que ya no le quedaban burbujas.

Missy hizo un gesto apático con la mano.

-Llamaré a algunos chicos y les pediré que traigan pizza.

Antes de que Bess tuviera tiempo para protestar, Missy se incorporó con una sonrisa y se echó el pelo teñido de rubio por encima del hombro. El brusco movimiento hizo que uno de sus pechos se le saliera de la camiseta. Missy estaba hecha como una casa de ladrillos, como a ella le gustaba decir, y no le importaba exhibirse.

-Vamos -animó a Bess, aunque ella ni siquiera había abierto la boca-. Será una fiesta. ¿A quién no le gusta una fiesta? Salvo a ti, claro.

-A mí me gustan las fiestas -Bess se recostó en el sofá que Missy había robado del Ejército de Salvación-. Pero mañana tengo que trabajar.

-Yo también, ¿y qué? Vamos a hacer una jodida fiesta, ¿vale? -se levantó de un salto y dejó el porro en el cenicero atestado de colillas-. Será divertido. Tienes que poner un poco de diversión en tu vida, Bess.

-¡Ya la tengo!

Missy puso otra mueca.

-Me refiero a diversión de verdad. Tienes que poner un poco de color en esa piel tan blanca... y no me refiero a tus mejillas.

Bess no pudo evitar reírse, aunque el comentario de Missy no era precisamente halagador. Pero era imposible tomarse en serio a su amiga.

-Así que vas a llamar a unos chicos para que nos traigan unas pizzas... Y ellos lo harán sin rechistar.

Missy se levantó la minifalda y enseñó sus diminutas bragas rosas.

-Pues claro que lo harán.

-No voy a tirarme a un tío para conseguir una pizza, por muy hambrienta que esté -declaró Bess, poniendo los pies sobre la mesa sin quitarse las chancletas En casa jamás lo habría hecho, ni siquiera descalza, pero a Missy no pareció importarle. Ni siquiera se dio cuenta.

-¿Y a mí qué me importa a quién te tires? -ya estaba marcando un número en el teléfono mientras sacaba una cerveza del frigorífico-. Además, ¿cuándo has...? ¡Hola, cariño!

Bess escuchó fascinada cómo Missy se las ingeniaba para conseguir comida gratis. Hizo un par de llamadas y volvió con una sonrisa triunfal.

-Listo. Ryan y Nick estarán aquí dentro de media hora con la pizza. Les he dicho a Seth y a Brad que traigan cerveza. Y también van a venir Heather y Kelly. Las conoces, ¿verdad?

Bess asintió. Ya conocía a Ryan y había visto a las otras chicas unas cuantas veces. Eran camareras en el Fishnet, igual que Missy. A los otros chicos no los conocía, pero tampoco hacía falta. Conociendo a Missy, serían unos universitarios que vivían a lo pobre o unos pueblerinos con el pelo teñido de rubio y un bronceado permanente.

-Sí.

-No empieces con tus escrúpulos de niña pija. No todo el mundo se puede permitir una casa en la playa, zorra.

Missy nunca le decía «zorra» en plan ofensivo, por lo que Bess no se lo tomó como un insulto.

-No he dicho nada.

-No hace falta. Tu cara lo dice todo -le hizo una demostración arrugando la nariz y apretando los labios.

-Yo no he puesto esa cara -protestó Bess, pero volvió a reírse para disimular su vergüenza.

-Lo que tú digas -Missy volvió a agarrar el porro y le dio una honda calada, lo que le provocó un nuevo ataque de tos-. Pobre niñita rica... ¿Tus abuelitos no pueden darte un poco de pasta?

Bess acabó su refresco y se levantó para tirar la lata a la basura, aunque Missy no se daría cuenta si la dejara en el suelo.

-Me eximen de pagar alquiler durante el verano. ¿Qué más puedo pedir?

-Una asignación -dijo Missy, y fue a la cómoda para sacar un estuche de maquillaje del cajón. De la bolsa extrajo más frascos y pintalabios de los que Bess había

visto jamás en el arsenal de una mujer. Missy ya llevaba encima una gruesa capa de cosméticos, pero al parecer no estaba lo bastante presentable para otra compañía aparte de ella.

-Tengo veinte años. Ya no puedo recibir una asignación.

No añadió que aunque su sueldo semanal era menos de lo que Missy recibía en propinas, ella estaba ahorrando para la universidad mientras que su amiga se limitaba a vivir la vida.

Missy se retocó las cejas y giró la cara de lado a lado ante el espejo.

-Voy a teñirme el pelo de negro.

-¿Qué? -Bess estaba acostumbrada a sus extravagancias, pero aquello era demasiado-. ¿Por qué?

Missy se encogió de hombros y se ajustó la camiseta para enseñar más escote. Se oscureció los párpados y frunció los labios para pintárselos con un pincel.

-Vamos, Bess, ¿nunca has querido hacer algo diferente?

-La verdad es que no.

Su amiga se giró hacia ella.

-¿Nunca?

Bess se mordió el interior de la mejilla, pero enseguida recordó que era una fea costumbre y dejó de hacerlo.

-¿Algo diferente como qué?

Missy se acercó y le agarró el cuello de la camiseta de Izod.

-Te puedo prestar algo para ponerte antes de que vengan los chicos.

Bess se miró su camiseta caqui, sus piernas desnudas y sus chancletas, antes de mirar la minifalda vaquera y la minúscula camiseta de Missy.

-¿Qué tiene de malo lo que llevo?

Missy volvió a encogerse de hombros y se giró de nuevo hacia el espejo.

-Nada... para ti, supongo.

Las mujeres tenían un lenguaje especial para dar a entender lo contrario de lo que estaban diciendo. Bess se puso colorada y volvió a mirarse la ropa. Se tocó el pelo, sujetándolo en lo alto de la cabeza con una horquilla. Se había duchado después del trabajo y se había maquillado un poco, pero nada más. Pensaba que iban a ver la tele, no a tener una fiesta.

-Creo que tengo un aspecto decente -se defendió-. No vine aquí con la intención de echar un polvo.

-Claro que no -dijo Missy, pero su tono era tan condescendiente que Bess no pudo reprimirse. Apartó a Missy y se colocó ante el espejo.

-¿Qué se supone que significa eso? A quien no le guste como soy, ¡que le den!

-Tranquila, cariño. No folles si no quieres. Resérvate para ese muermo de novio que tienes en casa.

-No me estoy reservando para nadie. Que tú no entiendas el concepto de fidelidad no significa que todo el mundo piense como tú. Y no es un muermo.

Seguramente ya ni siquiera fuese su novio.

Missy puso los ojos en blanco.

-Lo que tú digas. A mí me da igual.

-¿Entonces por qué te empeñas en sacar el tema?

Las dos se miraron en silencio unos instantes, hasta que Missy empezó a reírse y Bess la imitó.

-Eres una reina del drama -le dijo Missy, y la apartó del espejo para recoger el maquillaje.

-Que te jodan, Missy.

-No sabía que supieras hablar así, cariño -batió sus pestañas cargadas de rímel.

A Bess no se le ocurrió ninguna réplica ingeniosa y se conformó con intentar poner un poco de orden en el caótico salón de Missy.

Apenas había despejado de revistas y periódicos el sofá y los sillones antes de que se abriera la puerta y entrasen Heather y Kelly. Las dos parecían haber bebido ya más de la cuenta.

-¡Qué pasa, tía!

-¿Pero qué mierda te has hecho en el pelo?

-¿Dónde está la jodida pizza?

Bess se limitó a presenciar el intercambio de groserías y se preguntó cómo sería vivir en un sitio donde la gente entrase sin llamar y se repantigarán en los sillones como si estuvieran en sus casas. Estaba convencida de que no le gustaría nada. Asintió con la cabeza cuando Kelly la saludó con la mano, pero Heather la ignoró, como era habitual en ella. El sentimiento de desprecio era mutuo, ya que Bess sabía que Heather la veía como una princesita estirada y altanera.

La gente llegó al cabo de una hora. Eran muchos más de los que Missy había invitado, pero los rumores de una fiesta siempre se propagaban con rapidez. La pequeña caravana pronto se llenó de humo, música y el calor de los cuerpos. A Bess le rugía el estómago, esperando la pizza prometida que no llegaba. Lo que sí abundaban eran las bolsas de patatas y galletas saladas y el alcohol.

Bess no era la única menor de edad, pero sí debía de ser la única que no bebía. A Missy le habría molestado ver que no se divertía como el resto, pero estaba demasiado ocupada de regazo en regazo para fijarse en lo que ella hacía o dejaba de hacer.

Una estruendosa ovación recibió la llegada de la pizza. Bess ya conocía a Ryan, quien se acostaba con Missy cuando estaban borrachos, colocados o aburridos. Sostuvo las cajas de pizza en alto mientras le pedía un par de pavos a cada uno de los presentes.

Dos dólares. Todo lo que Bess tenía en el bolsillo. Con dos dólares podría haber ido a comprarse una porción y una bebida, pero en la fiesta podría comer tanto como quisiera, o pudiera, antes de que todo se acabara. Ryan sabía lo que hacía, ya que había llevado cuatro pizzas. El chico que iba tras él, con el rostro medio oculto por una gorra de béisbol, llevaba otras tres.

-Bess... -Ryan le hizo un guiño mientras ella hacía sitio para las cajas entre las latas vacías y los platos de papel, manchados de pizzas anteriores-. ¿Cómo te va, nena?

-Bien -respondió ella mientras se sacudía las manos. La mesa estaba sucia y pegajosa, pero no merecía la pena limpiarla. Fue a la cocina a por algunos platos, aunque un enjambre de manos ya estaba saqueando las cajas.

-Este es mi colega, Nick -Ryan señaló por encima del hombro al chico que estaba soltando las otras cajas.

Bess estaba concentrada en servirse unas porciones en su plato y apenas le dedicó una mirada fugaz al recién llegado. El cuerpo empezaba a temblarle por una bajada de azúcar y no tenía intención de ser la primera que se desmayara aquella noche. Cuando volvió a mirar, Nick ya había sido engullido por una masa de cuerpos danzantes.

Ryan se acercó para agarrar una servilleta de la encimera y con el brazo le rozó el pecho. Su aliento le acarició el cuello y la mejilla. Atrapada entre la mesa y la encimera, sin escapatoria posible, Bess se puso colorada más cuando Ryan le sonrió, le guiñó un ojo y bajó brevemente la mirada a sus pechos.

-Bonita fiesta -dijo, antes de apartarse para llenarse el plato de pizza.

No era la primera vez que Ryan tonteaba con ella. A Bess no le importaba, ya que entre él y Missy no parecía haber nada serio. Ryan era muy guapo y lo sabía, pero a ella no la hacía sentirse especial. Tan sólo un poco extraña. Hacía tanto tiempo que no les prestaba atención a los hombres que no sabía cómo reaccionar.

-¿Qué bebes? -le preguntó un chico del que Bess no conocía ni el nombre-. ¿Margarita?

Bess buscó una batidora y no encontró ninguna.

-No, gracias.

-Vale -el chico se encogió de hombros y se giró hacia la chica que esperaba junto a él con la boca abierta. Agarró las botellas de tequila y margarita mix y las vertió al mismo tiempo en la boca de la chica, deteniéndose cuando el líquido empezó a derramarse. La chica tragó, se puso a toser y agitar las manos y los dos se rieron.

Bess intentó no poner la mueca de asco que Missy había imitado, pero no lo consiguió. Protegió la pizza con el cuerpo y se abrió camino entre la multitud en busca de algún sitio donde sentarse. No encontró ninguno y se contentó con apoyarse en un rincón. La gente ya empezaba a hacer apuestas con la bebida y más de uno consumía la cerveza mediante una turbolata. Bess se limitó a comer, pero al acabarse la pizza volvió a tener sed, y eso significaba atravesar de nuevo la jungla humana hasta la cocina. En el camino se tuvo que parar a bailar con Brian, quien había trabajado con ella en Sugarland, porque él la agarró de la muñeca y se negó a soltarla hasta que no se frotaran un poco. A Brian le gustaban los chicos, pero insistía en que cualquier cuerpo valía para restregarse.

-¡Estás guapísima esta noche! -le gritó para hacerse oír sobre el bajo de «Rump Shaker»-. ¡Esto sí que son curvas, nena!

Bess puso los ojos en blanco mientras él le agarraba el trasero y se frotaba contra ella.

-Gracias, Brian. Pero a ti te gustan los hombres, ¿recuerdas?

-Cariño -le dijo al oído, con una ligera lametada que la hizo reír y estremecerse-, por eso mi cumplido es del todo sincero.

Su argumentación era irrefutable, de modo que Bess dejó que la magrease un poco mientras bailaban.

-¿A quién tienes en el punto de mira? -le gritó al oído.

-A todos estos chicos -dijo él, sacudiendo su flequillo con mechas-. Pero no hay más que heteros. ¿Y tú? ¿Sigues fiel a tu príncipe azul?

Bess intentó no poner una mueca. Brian no necesitaba conocer sus problemas con Andy. Se compadecería de ella o se pondría a darle consejos, y Bess no quería ni una cosa ni otra.

-¿El príncipe se ha convertido en un sapo? -le preguntó Brian.

Bess negó con la cabeza. Si hubiera hablado más de una vez con Andy en las tres últimas semanas tal vez sabría en qué se había convertido.

-Yo no he dicho eso.

-Tu cara lo dice todo -gritó él-. ¿Qué ha hecho ese cerdo?

-¡Nada! -intentó zafarse, pero Brian no la soltó.

-¡No te creo!

-Voy a por algo de beber.

-¡Tienes que trabajar mañana! -exclamó Brian. Fingió estar escandalizado, pero su sonrisa lo delataba.